



ESTEBAN DE LUCA

Al pueblo de Buenos Aires

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

ESTEBAN DE LUCA

Al pueblo de Buenos Aires

Ya un día, para ejemplo
de los que intenten subyugar al hombre,
el grito heroico alzamos
de libertad; a tan sagrado nombre
por dos lustros la espada fulminamos 5
contra la usurpación y tiranía
de tres siglos de horror. ¿Quién de nosotros
no corrió a combatir, al fuerte acento
de la patria oprimida? ¿Quién la sangre
de ira y honor hirviendo no sentía, 10
al ver flotando majestuoso al viento
el estandarte patrio? Entonces fueron
la humillación, y espanto, y agonía
del bárbaro opresor; la gloria entonces
los héroes patrios de su esfuerzo vieron 15
entre el rayo y el trueno de los bronce,
en los ríos de sangre que vertieron.
Largo tiempo Belona nuestros campos
y en su carro Mavorte recorrieron,
y de América el triunfo hasta los mares, 20
los llanos y los montes repitieron.

El sacro dios del argentino Río,
sus deliciosas grutas olvidando,
en la fértil orilla se mostraba,
y con voz majestuosa 25
los cantos de victoria acompañaba,
que en coros numerosos
en tiempos tan heroicos entonamos;
mas, ¡ay! vino el momento
fatal en que escuchamos 30
los gritos engañosos

de la Discordia horrible, y olvidamos
tanta prez y alto honor; en nuestros pechos
derramó su ponzoña el monstruo infando,
y rotos y deshechos 35
los vínculos sagrados
de unión y de amistad, abandonados
de todo numen tutelar nos vimos.
¡Oh, Dios!, la civil guerra
ya, ya la destrucción amenazaba 40
del pueblo a quien no pudo
ni una vez amedrar la antigua España
con su cruel fanatismo y fiera saña.

Hoy que el genio del bien al fin triunfante
arrojó al negro abismo 45
al error ciego y ambición sangrienta;
hoy que la Paz divina en nuestro Oriente
la bienhechora oliva nos presenta,
sobre las aguas la serena frente
vuelve a mostrar el Paraná sagrado, 50
y así nos habla en tono no escuchado,
que el alma eleva, y el corazón alienta:
«¡Hijos de la victoria!, ¡prole hermosa!
Se verá en vuestro suelo un nuevo imperio
muy más durable, de mayor grandeza 55
que el de Tiro y Cartago,
si el lujo abandonáis, que fatal mengua,
y perdición y estrago
fue de grandes ciudades,
haciendo que su ruina 60
pase en terrible ejemplo a las edades.
Huid de los altos y dorados techos
donde el ocioso sibarita ríe;
do, cual pavón con su vistosa pluma,
con su infausta opulencia así se engríe; 65
del mundo y de sus leyes olvidado,
no escuchará jamás el triste acento
de la viuda infeliz que a sus umbrales
le demande mil veces el sustento.

»Cual funesto contagio, 70
que en la mísera zona en que domina,
en veneno convierte
el aire puro y agua cristalina,
cebándose la muerte
bajo el influjo de maligna estrella 75
en el niño, el anciano y la doncella,
tal siempre los placeres,

por el lujo abortados, destruyeron
a pueblos numerosos
en virtud y poder antes famosos; 80
tal por el lujo corruptor fue presa
la antigua Roma del poder del godo,
la cuna de los Fabios y Camilos,
la que leyes dictaba al Orbe todo.

»La hermosa Buenos Aires, destinada 85
a dar un alto ejemplo
de justicia y poder, a abrir el templo
del honor en su seno, atribulada
se verá y confundida, si sus hijos
el juramento olvidan, 90
que a la virtud hicieron
el día en que emprendieron
dar a la patria libertad y gloria;
si olvidan que debieron
al denuedo y trabajo la victoria. 95
Cierta será la ruina
de la gran capital, cuando adorada,
por la prole argentina
llegue a verse la pompa del Oriente;
cuando en hora fatal abandonada 100
al ocio muelle y femenino halago,
en engañosa paz duerma imprudente.
Empezará su estrago
el día en que asaltare la codicia
sus pechos generosos. ¡Ay!, entonces 105
el trono ocuparán de la justicia
la doblez, el engaño y la malicia.

»¡Oh, fuertes argentinos!,
tanto mal evitad, abandonando
la ciudad populosa, do mil plagas 110
se están en vuestro daño preparando:
a los campos corred, que hasta hoy desiertos
por la mano del hombre están clamando;
volad desde las playas arenosas,
que bañan mis corrientes, 115
hasta do marcha a sepultarse Febo;
y ocupad en trabajos inocentes
el tiempo fugitivo, que insensible
de continuo os arrastra
hacia la margen del sepulcro horrible. 120
Una fértil vastísima llanura
allá destina el cielo
a vuestro bien y sin igual ventura.

Como en los anchos mares,
se espaciara por ella vuestra vista, 125
y vuestros patrios lares
un inmenso horizonte
abarcara hasta el lejano punto
en que se eleva el escarpado monte.
Con pasto saludable y abundoso 130
veréis allí cual crece
la raza del caballo generoso,
que libre paze por inmensos prados,
y aunque al diestro jinete aún no obedece,
en ligereza y brío no cediera 135
a los que en Grecia un tiempo
vencieron en la olímpica carrera;
veréis la oveja que en tributo ofrece
al pastor industrioso los vellones,
que defienden al hombre 140
de los rigores del invierno helado;
veréis, en paz dichosa propagado,
el útil animal, que de la tierra
rompiendo el seno con el corvo arado,
vuestro inocente afán deja premiado. 145

»La benéfica Ceres, siempre atenta
del labrador honrado a las fatigas,
de doradas espigas
los campos cubrirá, que veis ahora
del espinoso cardo solo llenos. 150
En días envidiables y serenos,
la sazónada mies las esperanzas
a colmar bastará de nuevas gentes,
que antes de muchos soles,
robustas, inocentes 155
darán pasmo a la tierra;
en libertad, ilustres fundadores,
vais a ser de mil pueblos venturosos.
Mucho más numerosos,
que los astros brillantes, 160
de que se ve sembrada
la esfera de los cielos dilatada.

»No veréis en los campos la grandeza,
y el brillo del ocioso cortesano,
que por los atrios y las anchas plazas 165
corre agitado de un furor insano;
no veréis las carrozas de oro y plata
con exquisito gusto guarnecidas,
y en ellas ostentando gentileza

la beldad, el orgullo y la pereza; 170
ni a su correr violento
sentiréis cual retiembla el pavimento;
ni en tanto ruido y vanos esplendores
sentiréis la algazara
de una plebe indigente y caprichosa, 175
tras la sombra del bien corriendo avara.

»Pero en cambio os espera,
libres de odio, y rencor, en cada día
una escena más grata y majestuosa,
cuando dejando el perezoso lecho 180
tranquilos observéis la faz hermosa
del sol, que se alza ya por el Oriente;
cuando oigáis de las aves la armonía
con que al astro naciente
saludan con mil trinos a porfía, 185
cuando aspiréis gozosos
el aura matinal lleno de vida,
y la yerba mullida
una alfombra os presente de esmeralda
con las perlas del alba enriquecida. 190

»Esos feraces llanos,
que el cielo os concedió, serán cubiertos
después por vuestras manos
de mil bosques sombríos silenciosos.
Al par de vuestros hijos 195
crecerán los frondosos
árboles corpulentos,
que con su sombra amiga
suave frescor os den, cuando sus rayos
lanzando Febo, al orbe más fatiga. 200
¡Cuán misterioso asilo
en ellos hallarán vuestros amores!
¡Qué invidiable y tranquilo
será vuestro vivir!, ¡cuán inocentes
serán de vuestros pechos los ardores! 205
En ellos sentiréis en dulce calma
vuestro ser inundado, y elevarse
al Dios de todo bien allí vuestra alma.
Tiempo vendrá que en ellos
vuestros sabios filósofos contemplen 210
en silencio las leyes
de la naturaleza, o de la Europa,
el poder y el orgullo de sus reyes.

»En los remotos climas
del Septentrión, resonará la Fama 215
de todos vuestros bienes no gozados;
y los míseros pueblos, que las aguas
beben del Volga y del Danubio helados,
se arrojarán al mar, buscando asilo
en vuestro patrio suelo, 220
donde benigno el cielo,
la abundancia vertió con largo mano;
donde por siempre ríe
la gran naturaleza,
poderosa venciendo 225
del invierno sañudo la aspereza.

»Dichosos no veréis vuestros ganados
por el león rugiente y voraz lobo,
por el tigre alevoso devorados;
ni será que la sierpe ponzoñosa 230
clave el agudo diente
al labrador, cuando la mies sabrosa
segando diligente,
en copioso sudor baña su frente;
el soldado cruel, acostumbrado 235
a llevar de los llanos a las sierras
los estragos de Marte ensangrentado,
no asolará las tierras,
que hubieren vuestras manos cultivado.
Sin temer de la guerra la inclemencia, 240
en paz las gozaréis; y vuestros hijos
las gozarán también en rica herencia.
Eternos vuestros bienes
serán, como el imperio afortunado
de la razón divina, 245
que hoy al hombre ilumina
con lumbre bienhechora
del Septentrión al Sud, desde Occidente
a los floridos reinos de la aurora.

»Los frutos abundantes, 250
que os brindarán terrenos dilatados,
serán luego cambiados
por la industria de pueblos comerciantes.
El honrado alemán, el culto galo,
el britano, señor hoy de los mares, 255
mayor actividad y movimiento
darán a los telares,
de que pende el sustento

de la Europa afligida,
tras la guerra espantosa, 260
por la plaga de fiebre contagiosa,
y en tumba de sus hijos convertida.

»Así, la humanidad de gozo llena,
logrará ver, después de siglos tantos
de muertes y de llantos, 265
la grande y nueva escena
de mil pueblos distantes
por el piélago inmenso divididos,
trabajando constantes
para su mutuo bien; verá el portento, 270
sin que baste a impedirlo el mar profundo,
de un mundo unido en paz a un otro mundo.

»Mas en pos de los dones
del activo europeo aún no os es dado
mis aguas traspasar, y el mar de Atlante 275
surcar con pecho duro y arrojado.
Dejad para el avaro mercadante
el afrontar las ondas enemigas,
y en mis riberas demandar los frutos
que alcancen vuestras útiles fatigas. 280
Aún del tiempo presente
está distante, aquel, en que la vida
fieis a una frágil nave
por el terrible oceano combatida.

»Antes vuestro destino 285
irrevocable os llama
a invocar en el campo los favores
de la fecunda Ceres,
y del sencillo Dios de los pastores.
Serán vuestros trabajos y placeres 290
por largo tiempo visitar mis costas,
y los undosos ríos
que a Jove plugo hacer mis tributarios;
hacer que corran sus raudales fríos,
dando nuevo vigor al patrio suelo, 295
por los anchos canales
que abrir debéis con incansable anhelo.
Aquestos son los cultos agradables
que rendirá a mi numen vuestro celo,
aquestos son los que el sagrado cielo 300
aceptará propicio,

alzando a las estrellas
de vuestra libertad el edificio.
El honor y virtud las tristes huellas
borrarán, que en el seno de la patria 305
con impiedad abrieron
sus antiguos tiranos,
cuando a los pueblos libres combatieron,
bañando en sangre las atroces manos».

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la
[Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite
el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

